



Baraa Pietro

18000ph



SEMANARIO

PINTORES CO ESPAÑOL.

1845.

TOMO X DE LA COLECCION.

MADRID,

Imprenta de D. V. de Lalama, Editor,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

26 MAYO 1994

GLORIAS DE ESPAÑA.



DESCUBRIMIENTO

DEL NUEVO MUNDO.

Sn la cumbre de una montaña, no lejos de un puerto de Andalucía muy poco importante, pero cuyo nombre debía ser famoso en los siglos venideros, se elevaba un convento llamado de Santa María de la Rábida. Era una tarde del año 1486 y un hombre vestido pobremente pedía en extraño lenguaje pan y agua para un niño que le acompañaba á las puertas de aquel convento, cuyo guardian atendió en persona á sus necesidades apenas fijó su vista de águila en el viajero, cuando

adivinó en su rostro una alma grande; trabó conversacion con él y quedó admirado de los increíbles proyectos que abrigaba en su cabeza. El guardian tenía muchos amigos influyentes en la corte de Isabel la Católica, y el pobre forastero recomendado á ellos eficazmente, se presentó en Córdoba, punto escogido por aquella heroica matrona para reunir los aprestos militares que debían asegurarle la conquista de Granada.—Seis años de amarguras, de esperanzas burladas y de dolorosas privaciones transcurrieron, hasta que el día 26 de julio de 1492, vió el guardian de Santa María de la Rábida entrar en su tienda á su protegido, no ya como un infeliz mendigo, sino ataviado con las insignias de capitán de bajeles y anunciado que iba á emprender un largo viaje. El guardian abrazó al que ya tenía por

amigo y le dijo: «Bendita sea la omnipotencia de Dios, que ha iluminado sus entendimientos: ahora verán que no sois un loco.»—El religioso era Fray Juan Perez de Marchena, hombre bastante instruido para creer posible el colosal proyecto que hacia muchos años ocupaba el pensamiento del nuevo capitán: este era Cristóbal Colon, y el niño que le habia seguido al convento pidiendo una limosna su hijo Diego.

Pocos dias despues, el 3 de agosto, se hicieron á la vela desde el humilde puerto de Palos tres carabelas, nombradas *Santa Maria*, *La Pinta* y *La Niña*, á las órdenes del capitán Colon: este montaba la primera, mandaba la segunda el animoso Martín Alonso Pinzón, y quedó la tercera á las órdenes del esforzado Vicente Yañez.—Pero, ¿á dónde se dirigian? A arrostrar peligros inauditos, á surcar mares desconocidos, en cuyo seno no se habia reflejado hasta entonces la vela de ninguna embarcacion, para hallar tal vez la muerte como término digno de tanta audacia. Pero Cristóbal Colon veía al través de las encrespadas olas del Océano, el apetecido objeto de sus ensueños y esperanzas, la querida recompensa de sus increíbles cálculos, de sus incesantes vigiliás, y la luz mas diáfana de otro cielo mas puro que el que hasta allí han contemplado, alumbró á los intrépidos marinos un nuevo mundo, al estampido de sus arcabuces y lombardas, que por la primera vez desde la creacion repitieron los ecos americanos.

Dos meses habian transcurrido desde que las carabelas se habian alejado de las costas de España y la tierra no parecia: las tripulaciones, estinguído el entusiasmo que al embarcarse habia escitado en sus pechos el deseo de participar de una empresa tan peligrosa como heroica, murmuraban de la ambicion é insensatez del jefe de la expedicion. Aquel profundo matemático que en Roma, en Venecia, en Génova, en Lisboa y aun en la corte de España habia sido despreciado y tenido por loco, veía levantarse de nuevo contra él esta acusacion, formulada por la ignorancia de los mismos que ardientes y generosos se habian ofrecido á ayudarle en su empresa ó á morir con él. Crueles debieron ser para el gran Cristóbal Colon aquellos nueve dias que precedieron al glorioso 12 de octubre de 1492; en ellos se creyó mil veces perdido. Atormentábale la escasez de viveres que se iba haciendo sentir en las carabelas, y el descontento de la gente que entregada completamente á la desesperacion y á la indisciplina pedía á gritos la vuelta á España; pero con mayor fuerza que todo esto le afligia y contristaba la terrible idea de que por falta de unos cuantos dias mas de paciencia y sufrimiento, se iba á malograr el éxito seguro de la mas grande empresa concedida por el cielo al arrojado de los mortales. Si Colon no dudaba de la proximidad de la tierra: señales evidentes se la revelaban cada vez mas cercana; aves pintadas y nuevas para los marinos europeos dirigian su lánguido vuelo hácia el Sudoeste,

y el agraciado *Pichon viajero* americano volaba con rápido vuelo á estacionarse en aquel mar que ahora conocemos con el nombre de golfo mejicano: pero en vano se esforzaba para infundir su propio aliento á sus aventureros; la insubordinacion producida por la pérdida total de la esperanza habia exasperado los ánimos, y hubo un momento á bordo de la carabela *Santa Maria*, en que los marineros enfurecidos pronunciaron contra el intrépido capitán la sentencia de muerte, y otro momento mas terrible aun, en que con la calma que presta la desesperacion, se dispusieron á ejecutarla.

Cristóbal Colon escuchó aquella sentencia sin inmutarse; desarrolló sobre cubierta la carta en que dia por dia habia marcado el derrotero de la embarcacion, carta por su genio calculador inventada en Génova, y dijo á sus verdugos mostrándolos la última singladura:—Ved; aquí estamos.—¿Y la tierra que andamos buscando? preguntóle uno de los mas osados.—«En este punto, respondió el inspirado capitán, abriendo en la carta un agujero con la punta de su compás de madera.—«Es mentira, es un engaño, como el de todos los dias, gritó la tripulacion: muera... muera... arrojémosle al agua.—El héroe se sonrió de lástima, y les dijo: ¿quién os conducirá á España, si me matais?—Los gritos de la chusma ahogaron esta observacion aterradora, la única que pudiera contener su furor, por la fuerza que encerraba, haciendo conocer á los amotinados que en aquel hombre á quien querian inmolar, consistia precisa y únicamente su salvacion: arrojáronse á él con rabia lanzando terribles gritos, pero Colon, conteniendo á los primeros, estendió su brazo hácia una lejana y casi imperceptible sombra que apenas se dibujaba en el horizonte, y exclamó con voz de trueno: Bárbaros, esperad veinte y cuatro horas; si mañana no descubrimos la tierra debajo de aquella sombra, asesinadme; sino quereis aguardar, matadme sin tardanza, pero seguid despues la dirección que os señalo, y mañana dareis á Isabel de Castilla un Nuevo Mundo.»

Estas palabras de Cristóbal Colon desarmaron á la marinería, que se retiró silenciosa y humillada; pero pasó la noche y al amanecer del 12 de octubre nuevos gritos le anunciaron su próximo fin. El capitán hincó una rodilla en tierra, dirigió al cielo una fervorosa oracion y dijo á los amotinados: «Allí está el término de vuestras fatigas y sufrimientos: seguid el mismo rumbo que llevamos: ahora descargad vuestros golpes sobre mi cabeza.

Un cañonazo de la carabela *Pinta* y los gritos repetidos de *tierra... tierra...* hicieron caer los cuchillos de las manos á los sublevados de la *Santa Maria*. Todos se volvieron al horizonte que aparecia como envuelto en una nube de fuego; el sol de los trópicos hiriendo toda la estension del Oeste con sus inflamados rayos, dibujaban en el mar los picos de unas altas montañas que tan pronto se ocultaban como se descubrían. Pasados algunos instantes de ansiedad, se ofreció la tierra clara y despejada de

los vapores atmosféricos á las tres carabelas: los marineros de Colon se arrojaron á sus pies sollozando... el *Nuevo Mundo* estaba descubierto.

La *Santa María* hizo señales á *La Pinta* y á *La Niña*: una descarga general de lombardas y mosquetes saludó á la Virgen América, y envolvió en humo á las tres embarcaciones: cuando la suave brisa lo hubo disipado, vieron los indios de la inmediata costa *tres grandes canoas* que á su playa se dirigian: eran las carabelas con las góbias aferadas y en cuyos altos mástiles flotaban los pabellones de Aragon y de Castilla: los capitanes y marineros, bincada la rodilla y descubiertos, entonaban himnos de gracias al Ser Supremo.

Aquel mismo dia tomó Cristóbal Colon posesion de la primera tierra americana que acababa de descubrir, á la cual puso por nombre *isla de San Salvador*, en memoria del terrible peligro de que ella le habia librado: la ceremonia se verificó con toda la solemnidad que permitia la situacion en que se hallaban los españoles. El célebre descubridor pisó la playa seguido de *Martin Alonso Pinzon* y de *Vicente Yañez*, sus tenientes, que llevaban, asi como él, el acero desnudo en una mano y en la otra el estandarte de Castilla: rodeábanlos las tripulaciones de las tres carabelas ancladas á la vista, y los indios, asombrados de un espectáculo tan extraño, tan imponente para ellos, alzaban sus brazos al cielo, arrojando agudos gritos, que mas indicaban sorpresa que temor. Los marineros españoles, estasiados de júbilo, besaban aquella arena tan apetecida, dirigian al Omnipotente fervorosos votos y no se cansaban de admirar aquellos árboles pintorescos, aquellas frutas tan regaladas, aquel suelo tan feraz, aquella vegetacion tan sorprendente y tan lozana.

Cristóbal Colon se detuvo en medio de la playa, y levantando el estandarte real, pronunció estas palabras:—«En nombre de los reyes soberanos de Aragon y de Castilla, don Fernando y doña Isabel, tomo posesion de la *Isla de San Salvador*, que encomiendo á la proteccion de Dios y á la de María Santisima.» Nuevas descargas de las carabelas dieron fin á este acto que los españoles celebraban á mas de dos mil leguas de Granada, combatida á la sazón por los reyes Católicos.

No seguiremos á Cristóbal Colon en las diversas expediciones maritimas que emprendió despues, porque no nos hemos propuesto escribir su biografía: solo añadiremos, que premiados al principio sus servicios larga y generosamente, no tardaron en ser olvidados á impulsos de la envidia, que siempre persigue á las grandes almas, limitándonos para no hacer resaltar el cuadro de la ingratitude de que fué victima, á copiar un párrafo que á la vista del sepulcro del célebre almirante inspiró á un escritor cubano:

«Muerto en Valladolid, trasladado á Sevilla, de allí á Santo Domingo, y de Santo Domingo á esta

ciudad (1) en 1796, para de aquí pasar, Dios sabe á donde, los restos perecederos del descubridor del Nuevo Mundo parecen condenados á la misma inquietud que el espíritu inmortal que en otro tiempo los animaba. Ahí están, casi olvidados, sin que un solo poeta, inspirándose con el recuerdo de su gloria y de sus desgracias, haya querido expresarse con el habla castellana los afectos y las inspiraciones de aquella alma privilegiada.»—A.

Nota. Acompañamos á este artículo el facsímil de la firma de Cristóbal Colon, que nuestros suscritores verán con gusto.

.S.
 .S. A .S.
 X M Y
 XPO FERENS,



Costumbres antiguas Españolas
 y origen de las actuales.

DE LOS AGUINALDOS Ó REGALOS DE AÑO NUEVO.



Dice Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, «que aguinaldo es lo que se presenta de comer ó vestir por la fiesta de Navidad, á cuyo presente llamaron los latinos *venium*, munus hospitibus dari solitum, y que de esta palabra mudando la x en g, se dijo gentaldo, y añadiéndole el artículo agenialdo, y corrompido del todo, aguinaldo.» La voz aguinaldo la quieren unos derivar de la lengua hebrea, otros de la árabe, y otros de la griega, no faltando, segun el mismo Covarrubias, quien quiera que se derive de aglando ó aglandibus, bellotas, fundándolo en que en este tiempo se acostumbraba á dar á los niños nueces y bellotas con que jugasen, segun se colige de uno de los emblemas de Alcázar. Dice Suetonio que el primer dia del año se hacian presentes á los reyes griegos en señal de reconocimiento, los cuales se llamaban en griego Apophoreta, que significa llevar presentes. Si analizamos el significado y costumbres de los Geniales del mes de diciembre de

(1) La Habana.

los Gentiles, en que unos á otros se mandaban regalos de alguna cosa de comer, cuyos regalos se siguieron por los cristianos, y se mandaron suprimir en el concilio Altisidoriense, teniéndolos por diabólicos, solo porque los usaron los gentiles, encontraremos una semejanza de los regalos que, con motivo de la entrada del año, se hacen todavía en España, y se hicieron en tiempo de los emperadores romanos, como se vé el cap. 42 de la vida de Calígula, y en el 57 de la de Octavio César. El primer regalo entre los griegos fué un ramo de verbena, que se daban al visitarse y felicitarse en la entrada del año, y despues se introdujeron los regalos de frutas.

Tratando Nonnius Marcellus en su libro de *Verborum elegantia* de la palabra *Strenæ*, que es la que en latin conviene á nuestros aguinaldos de año nuevo, dá el origen siguiente á esta clase de regalos. Reinando en Roma Tatiús, rey de los Sabinos, con Rómulo, se regaló al primero el primer día del año unas ramas floridas de un bosque consagrado á la Diosa de la fuerza y de la industria *Strenia* ú *Strenna*, y mirando Tatiús este regalo como un buen agüero, le dió el nombre de *Strenæ*, poniéndose á la Diosa *Strenia* desde entónces, en el catálogo de las divinidades que presidian los presentes y regalos inesperados. Dice Simmiaco que Tatiús fué el primero que recibió la Verbena del sagrado bosque de la Diosa. Desde esta época aparece que los romanos se regalaban el día de año nuevo higos, dátiles y miel, á fin de manifestar á sus amigos que se les deseaba una vida agradable y dulce, y los aldeanos, pastores ú arrendadores, estaban obligados á llevar el aguinaldo á sus señores ú amos, al cual unian una moneda de plata. El primer día del año se acostumbraba á disfrazarse bajo la forma de diversos animales; los hombres se transformaban en ciervos y en toros, y las mugeres en becerrillas y ciervas, de suerte que puede decirse tenían máscaras en este día. El Anticuario Caylus en su tomo 4, página 286, número 3, describe un baso de barro del que dá el dibujo, en el que se lee *ANNUM NOVUM FAUSTUM FELICEM TIBI*, y otro que dice también *ANNUM NOVUM FAUSTUM FELICEM MIHI ET FILIO*, lo que prueba que los romanos se regalaban el primer día del año basijas de felicitacion, y así lo dicen Gronovius en su obra de antigüedades, tomo 9, página 202 y 207, y Spon en su Dactiloteca, con referencia á sortijas con piedras de inscripciones de esta naturaleza, pues pobres y ricos todos se hacian presentes en tales dias.

En la edad media se mudó esta costumbre, y lejos de darse nada mútuamente este día, ninguno se atrevia á prestar nada á su vecino, porque no habia obligacion de devolver los préstamos que se hacian en semejante dia, de cuya costumbre aun quedan rezagos en España, en que se dan buenos petardos el día de los Inocentes; pero en contraposicion todos ponian mesas con comida á las puertas de las casas, para que tomasen de ellas los pasajeros,

y se ponian tambien en ellas presentes supersticiosos para los malos espíritus. La Iglesia, como ya hemos dicho, prohibió á los cristianos el regalarse el día de año nuevo, por ser costumbre del paganismo, pero el pueblo no quiso perderla, y ya que no podia regalar á sus amigos, imaginó dar algo al demonio para que se conservasen los aguinaldos como se ha logrado.

La iglesia, á solicitud de Carlo Magno, condenó los presentes de las mesas llamados aguinaldos del diablo, por los cánones, y se quitó una costumbre que pudo originarse de lo que acabamos de decir, ó ser una resta ó imitacion del culto que rendian los romanos el primer día del año á las divinidades que presidian los festines familiares y de amistad.

Quitada la costumbre de los presentes supersticiosos y de las mesas públicas de año nuevo, se hicieron dar los curas y los señores aguinaldos por sus feudos, esclavos y dependientes, de suerte que pasando á la Iglesia los aguinaldos del diablo, los ministros mismos que los prohibieron, los santificaron en beneficio propio. La mayor parte de los señores feudales recibian en plata ó en géneros el día de año nuevo un aguinaldo obligatorio, pues en vez de ser los aguinaldos en su origen, como hoy, un testimonio de amistad entre los particulares y voluntario, en los tiempos medios fué una honerosa contribucion de las muchas con que los tiranos affijeron á la humanidad. En el artículo siguiente titulado de los *ETRECHOS*, daremos más noticias sobre la costumbre que describimos, y que se conserva en España en casi todo en vigor.

Basilio Sebastian Castellanos.



ESTUDIOS LITERARIOS.

SOCIEDAD DEL SPLEEN

EN INGLATERRA.



En el año de 1786 varios ciudadanos de Londres que se encontraban aconietidos de esta enfermedad, se les ocurrió el proyecto de formar una reunion y constituirse en sociedad. Apenas salió de sus labios esta idea,

cuando fué aprobada, y miles de individuos quisieron tomar parte en ella. Mas sus fundadores lejos de admitir á cuantos se presentasen, fueron muy severos en punto á eleccion. Solo fueron abiertas sus puertas al spleen mas aristocrático. Al pretendiente le exigian que gozase en el mundo de una fortuna brillante, y que hubiese adquirido el spleen á fuerza de desgracias elegantes, enojos de galantería, y desengaños opulentos. Debían probar además que su enfermedad era incurable, y que habia resistido á los remedios mas eficaces, y al método mas recomendado. Cada pretendiente, á su entrada en la sociedad, debía entregar una suma con siderable.

La dificultad de llenar estas condiciones, hizo que fuesen admitidos pocos candidatos, y que el número de asociados fuese el de 30.

Apenas se constituyó la sociedad, cuando su primer cuidado fué reunirse en sesion solemne para deliberar sobre el objeto de su mision. Cada cual á su vez tomó la palabra en un tono tan melancólico, que despues de una discusion, que si no era viva y animada, al menos fué grave y profunda; se acordó antes de todo vencer el spleen, buscando cuantos medios fuesen posibles para libertar á la sociedad de esta enfermedad mortal. Se ofrecieron grandes premios á los filósofos, á los médicos y fisiológicos que escribiesen tratados sobre tan importante materia, restableciendo métodos desconocidos, é inventando remedios eficaces. De todo esto se echó mano, placeres, diversiones, cuanto pudiese alhagar la imaginacion, pero todo fué en vano: los filósofos y los doctores no hallaron nada nuevo, y esta enfermedad resistió á todas las pruebas.

En otra sesion solemne manifestaron sus individuos haber llegado el mal á su último periodo, y que la vida les era insoportable; que no quedando otro partido que tomar, su deseo era privarse de la existencia del mejor modo posible. Propusieron un suicidio general, arrojandose todos en un mismo dia al rio, ó envenenándose en una comida. Los mas moderados reclamaron contra esta violenta proposicion; semejante medida, decian, se atribuirá á un orgullo insensato, sin que se vea en ella mas que el deseo de llamar la atencion y dar qué decir á los ociosos. Sin embargo, ninguno entre los presentes habló en contra del suicidio, todos le consideraban como un asilo á donde podrian refugiarse cuando se sintiesen abrumados del peso de la vida. Se convino, sin oposicion, en que el suicidio debía ser permitido á los individuos de la sociedad; no ya un suicidio precipitado y ordinario que pudiera ser considerado como un acto irreflexivo de enojo ó desesperacion, sino un suicidio regular, metódico, razonado, acompañado de todas las seguridades de premeditacion, y sancionado con asentimiento de toda la sociedad. En su consecuencia se acordó que ningun individuo podría quitarse la vida sin el beneplácito y permiso oficial de sus cótegas. El número de suicidios

se limitó á dos por año, y debian verificarse en épocas determinadas, distando seis meses uno de otro. Y como era probable que muchos á la vez solicitasen este permiso, se decidió que tres jurados, sacados por suerte, formasen un tribunal, ante el cual, los solicitadores á esta gracia, manifestasen las razones que tenian para privarse de la vida. El tribunal debía decidir, y su fallo era un consentimiento de muerte.

Llegado el término prefijado por el tribunal, se introdujeron dentro de una urna los nombres de los candidatos, y estraída la primera cédula, el nombre á quien correspondia espuso sus cuiltas del modo siguiente:

«Me llamo sir Humphrey D...; tengo 35 años, aunque parezco mas joven. Pero si la edad pudiera contarse por los padecimientos, pudiera decir que tengo mas de un siglo, y que soy el decano de la sociedad. Para atormentarme la desgracia, se ha valido de un modo ingenioso y cruel: prodigándome la fortuna sus pretendidos favores, ha hecho que probase los sinsabores de la vida.

Habiendo nacido en una clase elevada, niño todavía heredé una renta que ascendia á 20,000 libras esterlinas. Mi tutor fué tan honrado, manejó tan bien mis intereses, que me entregó fielmente sus cuentas cuando llegué á la mayor edad. Cuanto queria, cuanto apetecia lo conseguia sin el menor inconveniente, bastando solo solicitar una cosa para poscerla. La fortuna se sonreia en pos mio, y me encontraba en el auge de la felicidad. Las imprudencias que cometia en mi juventud, siempre resultaban en provecho mio, y todas mis calaveradas tenian un fin que pudiera envidiarle la misma prudencia. Una noche en el teatro tuve algunas palabras con un Mayor irlandés, duelista formidable, que se batió frecuentemente, y que tenia la gran fortuna de enviar sus adversarios al otro barrio. El Mayor se figuró ser el ofendido, y por consiguiente le correspondia elegir armas: escogió la pistola. Jamas habia tirado con semejante arma, y el Mayor por el contrario tenia una punteria admirable. Mis amigos me preparaban la oracion fúnebre, y yo por el contrario me reía de su credulidad. La suerte que hasta entonces le habia sido favorable, hizo que el señor Mayor fuese á la fosa, y que mi bala entrándole por el ojo derecho, vengase á tanta victima como habia sido sacrificada.

Esta es la historia de mi primer desafio. Nada os diré de mi buena suerte; os asombrarais. Jamás se me ha mostrado adversa en ninguna cosa. En el juego he ganado siempre sumas inmensas; cuando he querido ver hasta donde llegaba mi poder, he concluido siempre por desbancar. En Epsom y en Newmarket no he dejado nunca de obtener la victoria á favor del caballo por quien he hecho alguna apuesta; en las mas extravagantes que hago me sucede siempre lo mismo. Como soy hombre de bien, he dejado de jugar y de apostar; la misma providad me obliga á abstenerme del duelo, y me

impone mucha circunspeccion en punto á aventuras galantes. Por otra parte, todos estos triunfos lejos de alargar mi vanidad y de entusiasmar mi espíritu, no han servido sino para hacerme ver la vida como un peso insoportable. Quise que mudase de país una suerte tan constante, y á todas partes me ha seguido la misma felicidad. En Francia, en Italia, en Alemania, en América he conseguido nuevos laureles, y mi fortuna se ha esmerado en prepararme los mas felices sucesos. Ahora el spleen me ha dominado en tales términos, que cuento como una felicidad el que me concedais la gracia de poder quitarme la vida.

En efecto, la decision del tribunal recayó sobre Humphrey que contestó con amarga sonrisa: ¡Ya estaba ya seguro! Saludó á los concurrentes, y dando gracias á los jueces, sacó del bolsillo una pistola y se saltó la tapa de los sesos. Un proceder tan repentino fué objeto de algunas críticas.

Al segundo plazo prefijado por la sociedad, el nuevo candidato á quien tocó la suerte se espresó de esta manera: Soy hijo de un librero que se ha arruinado imprimiendo las obras de las damas de su tiempo. Mi padre profesaba tal cariño al bello sexo, que no podía desechar un manuscrito presentado por una mano blanca. Se declaró en quiebra cuando aun no habia yo cumplido los 18 años. Una mañana me ocurrió la idea de hacer fortuna: me embarqué para América y me hice rico. Haré unos diez años que vine á Londres, y cometí la imprudencia de casarme con una muger literata. ¡Ah, porque me olvidé tan presto de lo pasado!

Apenas me casé, me causó mi nuevo estado un fastidio increíble. Mi casa no es un infierno, sino el purgatorio, sembrado de pruebas de imprenta, de manchas de tinta y capítulos de novelas. El carácter de mi muger me abruma, y tengo que sufrirla en sus inspiraciones, en sus tareas y en sus afanes. Siempre sonando con espectros, con cadalsos, con sombras ensangrentadas; me persigue en frases sueltas, y en obras compactas: y tengo que sufrirla en página, en pliego y en volumen. Tal es el origen de una melancolía que me devora. Hace tres meses que mi muger partió para el continente con motivo de que su librero le habia encargado un libro sobre *Paris* y los parisienses. Desgraciadamente mi muger trabaja con mucha viveza, y mañana á mas tardar estará de vuelta.

Era imposible no sentir las penas de este desgraciado marido. ¿Quién no compadecería su desgracia? El suicidio semestre se cumplió con tanta puntualidad, que en breve un nuevo puesto quedó vacante en la sociedad. Con las riquezas de esta habian construido en las orillas del Támesis una magnífica casa, conteniendo cuanto pudiera ser agradable al suicidio. A la orilla del rio habia un elegante terrado que dominaba las olas, el cual estaba destinado para los que tuviesen el capricho de tirarse al rio. Habia una sala de baños, reservada para los que quisiesen abrirse las venas en agua templada,

como los filósofos de Roma y Atenas. Un *Belvedere* elevado, en el aire, convidaba á los que fuesen aficionados á arrojar desde una altura de 25 toesas. Cuerdas nuevas y dadas de sebo, sujetas de fuertes argollas y pendientes de los mas frondosos árboles del bosque. Un arsenal lleno de pistolas, fusiles y puñales estaba abierto delante de una oficina de farmacia en que se suministraban toda clase de venenos. Pero todos estos medios, como vulgares, fueron despreciados por algunos sibaritas.

Un rico nabab, (príncipe del Mogol) é individuo de la sociedad, hacia 30 años que estaba afligido del spleen. Era un anciano de 72 años. Sus parientes esperaban ansiosos su muerte para verse dueños de los infinitos millones que poseía. En las varias visitas que le hicieron sus sobrinos, llegaron á formar un inventario de sus muebles. El nabab les tenia tanto odio, que á cada uno de ellos les dió el nombre de uno de sus achaques, como catarro, reumatismo, gota, etc. Habitaba en Londres un palacio lleno de riquezas, y cada día se le ocurrían nuevos caprichos. Un día se hizo anticuario y empleó dos millones en antigüedades: otro día le acomelió la bibliomanía, y compró los libros mas raros y los manuscritos mas esquisitos. Despues de esto quiso ser artista, y llenó sus salones de cuadros magníficos y admirables estatuas.

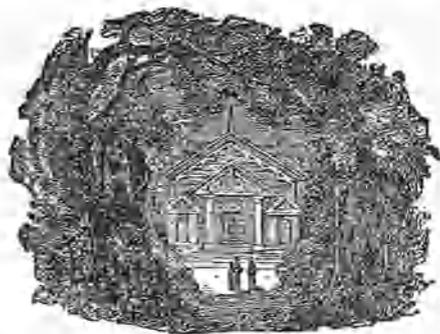
Cuando el nabab creyó haber vivido bastante, cuando su spleen compuesto de enfermedades y de odio á sus parientes, lo llevó al último extremo, discurrió un fin espléndido y digno de él. En una alta colina de los jardines de la sociedad hizo construir un brillante pabellon, en el que mandó colocar sus mas ricos muebles y tapices, sus libros mas raros, sus cuadros y estatuas preciosas. Delante de la puerta hizo colocar una estatua de Venus que los inteligentes atribuian á Praxiteles, y por la que no habia querido recibir 20000 guineas. Cuando todo estaba arreglado, realizó toda su fortuna en bonos al portador, letras de cambio, obligaciones, billetes del hanco y otros títulos tomados de otras naciones. Este papel representaba la suma de 40 millones. De él hizo construir un colchon, y llegado el día destinado para su plan, comió tranquilamente y se dirigió hácia su pabellon fumando un cigarro. Al entrar por su puerta quebró la nariz á su Venus y la hizo otras varias mutilaciones, y recostándose sobre el colchon le pegó fuego con su cigarro, habiendo antes dejado escrita una carta para sus compañeros en el salon de la sociedad. Nuevo Sardanápalo, en breve se vió consumido por las llamas con todas sus riquezas. Sus hermanos respetaron su voluntad y no turbaron sus últimos instantes.

Mas noble fué el fin que tuvo el valiente David-Krockgert-Wilis, verdadero lobo marino, el cual se vió acosado del spleen desde que la edad le obligó á dejar el mar. Su único placer era hablar de sus campañas con Drill, antiguo marino que le estimaba mucho. Queriendo poner término á su existencia, discurrió proporcionarse una muerte como

siempre había deseado. Mandó construir un pequeño *gacht* en forma de navio de guerra, que se botó al agua en el Tamesis. El capitán se hizo conducir á bordo y figuró un combate con Drill que desde tierra le tiraba con pólvora. El bizarro David envuelto en una nube de humo, y arrimado al palo mayor y con el sable en la mano, animaba á los suyos á que se defendiesen y vendieran caras sus vidas. Despues de una lucha gloriosa, viendo que todo era perdido, se cubre con su pabellon y pega fuego á Santa Barbara y voló con su embarcacion.

A los doce años de su fundacion, solo quedaban á la sociedad cinco individuos. El secreto de esta institucion era conocido del público y se la llamaba sociedad del suicidio. Algunos solicitaron ser admitidos en ella, pero se les habia negado. No se queria nuevos semblantes que aumentasen la tristeza general. La sociedad formaba una familia que debia disminuirse diariamente, y no hacerse mas numerosa. Los cinco que quedaban, que poseian, ademas de su fortuna particular, la herencia de catorce compañeros difuntos, fijaron por suerte el orden en que habian de suicidarse. Lo verificaron los cuatro primeros, pero el quinto, llamado Beauwills, flaqueó. Quiso sobrevivir á sus 29 hermanos, de cuya melancolia habia participado durante 15 años. No era por culpa suya: el amor á las riquezas le habia curado del *spleen*.

Pero el público se constituyó en su juez, y lo condenó. Si salia á la calle el pueblo le seguia con gritos y amenazas, y le rompian los vidrios de su casa: fué desafiado, le obligaron á batirse, le dirigieron insultos, pero nada pudo hacerle que se quitase la vida. Por huir de tan importunas pretensiones resolvió pasar al continente. Se embarcó en Doubrés una hermosa mañana de abril. Durante la travesía se levantó una tempestad, naufragó el navio y pereció Beauwills con toda la tripulacion.



MISCELÁNEA.

Ha llegado á nuestras manos una copia de la siguiente carta que envió un embajador de Persia, *Abbas Mirza*, á una señorita inglesa que habia hecho una profunda impresion en el corazón del embajador.

La carta dice así:

«Vuestras miradas, como flechas que dirigen vuestras arqueadas cejas, hicieron á millares de apasio-

nados. Ahora dirigis vuestros tiros contra un alma moribunda; pero aunque asestados por la vez primera, no ha sido errada su direccion. Si al partir con vos la embriagadora copa de amor, un angel bajase del cielo y apareciese á la puerta de mi palacio, no le abriria. En vano nos advierten los mas fatales ejemplos que no debemos entrar en el bazar de amor; yo los desprecio y me espongo constantemente á nuevos peligros. He agotado todo el fuego de mi alma; ahí tiemblo de encenderlo á mi costa. Mi corazón lacerado por el amor que experimenta hácia vos, bebe estasiado la copa envenenada de la muerte; pero son tales los trasportes que experimento, que muchos otros deben envidiar mi posicion.—El polvo del umbral de vuestra puerta es un precioso rocío para mis ojos.—¿por qué no se me permite gozarlo? Mil aflicciones padecerá el corazón del embajador, cuando ausente de vuestra presencia quizá puedan traerle á vuestra imaginacion estas cortas líneas.»



Proteccion dispensada por algunos Monarcas á los Artistas.

Cuéntase de Felipe II, que sabedor de que los grandes de su corte murmuraban de la privanza que dispensaba á los artistas durante la fábrica del Escorial, llamó un día á Lucas Jordán á su cámara, y le mandó retocar el fresco de una sobrepuerta. «Señor, le dijo el pintor, observe V. M. que está muy alta, y que he menester un tablado para hacerlo.» — «No importa, contestó el Rey, que yo te lo proporcionaré en el instante.» Con efecto, hizo entrar á los cortesanos que estaban en la antesala, y les obligó á acercar una mesa, sobre la cual hizo subir á Jordán, y él mismo ayudó luego á levantarla. Cuando lo hubo conseguido, y vió á sus nobles sosteniendo como en andas al pintor, se apartó un tanto, y les dijo: «Así eleva Felipe á las artes.»

Su nieto Felipe IV se distinguió aun mas en este concepto; un día en que su primer pintor D. Diego Velazquez le presentó el cuadro de familia llamado la Teología de la pintura, que existe en el citado museo, le dijo: «Admírame la perfeccion de la obra, y noto que falta una cosa en vuestro retrato: dadme el pincel y yo le enmendaré.» Obedeció temeroso y mal su grado Velazquez, y apenas lo hubo hecho, cuando el Rey mismo pintó en él la cruz de Santiago, de que hizo merced en aquel punto á su favorecido.

Pidióle este en otra ocasion un aposento ó estudio en Palacio, á lo que el Rey accedió diciendo: *Nunca estará mi casa mas honrada que teniendo á las artes por huéspedes.*





LA FENIX AMERICANA SOB JUANA INES DE LA CRUZ.

Academia Española de Arqueología.

La Academia ha acordado que interin se establece por la misma la publicacion del *Boletín Arqueológico* que previene el reglamento, y en tanto no acuerda otra cosa en contrario, se reconozca por periódico oficial de la Academia al *Semanario Pintoresco Español*, que se publica en esta Corte, en el que desde este dia se insertarán los acuerdos de interés general y respectivos á las Diputaciones arqueológicas de las provincias, y á las Secciones españolas en el Estrangero, bajo el epigrafe del nombre de esta corporacion, única parte de que será responsable esta secretaria en dicho periódico. Todo anuncio ó artículo de la Academia, se firmará por el secretario de Gobierno ó el de Correspondencia Estrangera. Madrid 20 de Diciembre de 1844.

— El secretario de Gobierno, — Nicolás Fernandez.

Adecertencia.

Deseosa la nueva empresa del *Semanario* de atraerse la benevolencia de sus abonados, ha ideado el mudar el caracter de letra usado hasta aquí, creyendo que con esto hacia un favor á sus lectores, pues si estos se toman el trabajo de contar las letras que entran en linea, y el número de estas, verán que alguna ganancia les resulta, ademas del beneficio de no ser tan cansada para la vista. Otras mejoras se anunciarán en el siguiente número.

MADRID, 1845: IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.